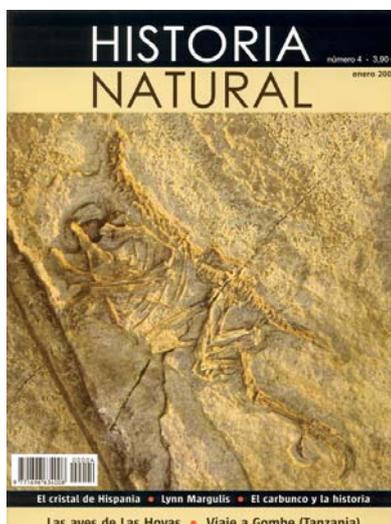


Las minas romanas de lapis specularis:

El cristal de Hispania



© *María José Bernárdez Gómez*
Juan Carlos Guisado di Monti

Publicado en: ***Revista de Historia Natural número 4 – Páginas 51/59***

(Madrid - Enero 2004). Real Sociedad Española de Historia Natural.

Les animamos a que se adentren en el mundo de la Hispania romana del siglo I d. C. a través de la relación entre el célebre naturalista Cayo Plinio Segundo y un liberto encargado de la caravana que seguía la ruta desde las minas del interior de la península hasta el mar Mediterráneo, lugar en el que el mineral era embarcado con destino a Roma. Esta narración, novelada y ficticia, se ajusta a hechos reales y a un supuesto histórico entresacado de la investigación arqueológica que, dentro del Proyecto *Cien mil pasos alrededor de Segóbriga*, se está llevando a cabo sobre la minería romana del *lapis specularis*. – **51** –

Capítulo I. LA CARAVANA DE BUEYES

La caravana avanza a primeras horas de la mañana bajo un sol de justicia. Los carros, unos treinta, están tirados por bueyes que mantienen un ritmo de marcha monocorde y monótono. Demasiado tranquilo para los caballos que acompañan a la expedición y que, sobre todo en estas tempranas horas, tienen que ser continuamente refrenados por sus jinetes para acompasar la andadura de los pausados bóvidos.

La hilera de carros discurre por una vía extremadamente recta que se pierde a sus espaldas hacia un núcleo habitado de nombre *Mons Albus* (hoy Montalbo en Cuenca). La expedición, partió del puerto de *Carthago Nova* (Cartagena), hace dieciocho días y recorre una media de veinte millas romanas por jornada (unos 30 kilómetros diarios). El trayecto se encuentra señalado y jalonado convenientemente por hitos miliarios (especie de cuentakilómetros de la época) con información sobre la vía y su construcción, distancias, reformas y otros datos más que suficientes para que el viajero conozca en todo momento a dónde va y en qué lugar se encuentra.



Módulos de espejillo encontrados en la excavación arqueológica de uno de los centros de procesamiento del mineral. Foto José Martínez Hernández.

La caravana se encuentra en la Hispania Citerior, en su provincia Tarraconense y en la calzada que une a *Carthago Nova* con *Complutum* (la actual Alcalá de Henares). Esta vía romana era conocida vulgarmente como “la vía del esparto” por internarse y transcurrir por las tierras esteparias del campo espartario. Es el día 24 de mes de *Maivs*¹ del año 827 *Ab Urbe Condita*² (año 74 d. C. según nuestro computo).

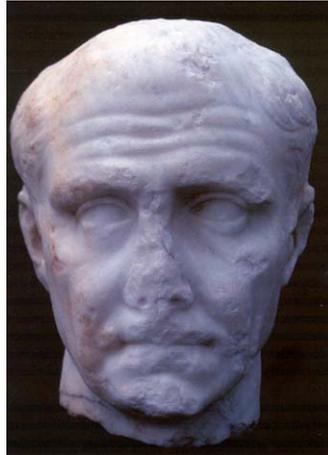
En Roma, el emperador Vespasiano ha conseguido consolidar el poder e instaurar la dinastía Flavia. Con sus reformas y gobierno, ha restaurado el auge comercial y reorganizado el sistema fiscal, terminando con la ruina económica resultante de las derrochadoras extravagancias de hombres como Calígula o Nerón hasta sanear las finanzas del Imperio.

¹ De la diosa Maya que cuida del crecimiento de las plantas.

² A.U.C, o «Ab Urbe Condita» («desde la fundación de ciudad»). Los romanos contaban los años desde la fecha de la fundación de Roma. Según la leyenda en el 753 a. C., 753 años antes de Cristo o antes de la fecha tradicional que damos como el posible nacimiento de Jesús.

En particular, las reformas afectan positivamente para Hispania ya que el emperador acaba de conceder el *status* de derecho Latino a todos los hispanos.

Tan sólo cinco años atrás, el comandante de las legiones de Hispania el general Galba, se había sublevado con sus legiones contra el tirano de Nerón y, con sus tropas, consiguió tomar el poder por la fuerza. En ese mismo año Galba junto a otros dos generales-emperadores más como él, víctimas de sus aspiraciones caían y eran muertos por la espada y el capricho de los ejércitos. Nada parecía indicar que a Vespasiano no pudiera ocurrirle otro tanto, pero de eso hace ya unos años y su reforma del ejercito y el liderazgo que ejerce sobre él mismo lo mantienen como emperador y han devuelto el equilibrio perdido.



El emperador Vespasiano, de la dinastía Flavia. Busto descubierto en las excavaciones de Segóbriga.

El comercio, de nuevo restablecido, hace posible que las cosas vuelvan a ser como antaño, si bien los componentes de la caravana miran con cierta curiosidad y recelo a un grupo de legionarios que, al mando de un centurión, acaban de cruzarse con ellos en el camino. Los soldados forman parte del contingente que ha sustituido a la antigua unidad acantonada en la zona y que fue disuelta preventivamente por su participación y revuelta en la reciente guerra civil del año de sangre del 822 A.U.C. (69 d. C.).

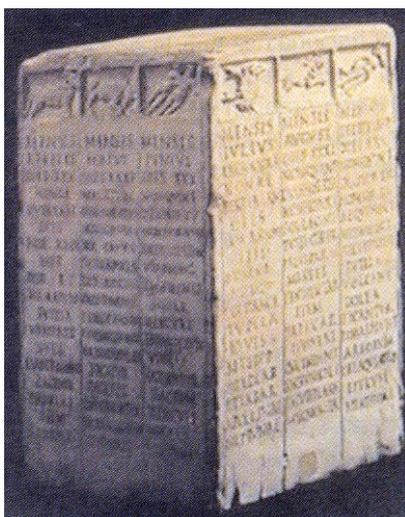
La nueva milicia está compuesta en su mayoría por galos y renanos que, pese a la uniformidad que les confiere la ropa militar, resultan chocantes para los integrantes del convoy en su aspecto, en especial en la traza de sus rasgos y altura. Los legionarios, al igual que las anteriores tropas que les precedieron, se encargan – **52** – de realizar funciones de control y policía en la zona, así como contribuían con frecuencia en la construcción y reparación de obras que requerían de sus conocimientos técnicos.

La pequeña unidad militar avanza en pos de un carro de ruedas macizas del que sobresalen herramientas y otra serie de aperos. Los legionarios van vestidos solamente con una túnica corta de trabajo y se dirigen a reparar y restablecer una zona de la calzada que, debido a la avenida de un torrente de las últimas lluvias, había sido dañada.

La caravana, por su parte, había empezado la jornada más pronto de lo habitual. El día, según el calendario era un día mixto o *fissi* (dividido), lo que hacía

preciso, antes de partir, de la celebración de una ceremonia religiosa apropiada a fin de transformar un día nacido como *nefasto* – dedicado exclusivamente a los dioses, y que no de mal agüero como se piensa – en *fasto* o lo que es lo mismo, permitido por la ley divina y apto para cualquier actividad humana.

El ritual se ofició al amanecer y consistió en una libación de vino itálico rebajado con agua. Con él que se regó la tierra y unas plantas de esparto, invocando el nombre de los dioses y las letanías de rigor, mientras todos los componentes de la expedición cubrían sus cabezas en señal de respeto. Una vez concluida la ceremonia, imprescindible para conseguir el permiso divino, los hombres se apresuraron a uncir en el yugo a los bueyes que tiraban de los carros y a recoger sus bagajes de acampada.



Calendario ordenado por signos zodiacales. Roma, Museo della Cività Romana.

La operación y puesta en marcha de la hilera de carros se hizo sin demora, con el movimiento acostumbrado y reflejo de quienes han repetido hasta la saciedad la maniobra y son diestros en ella. No en vano el viaje lo venían realizando durante años en una ida y vuelta continua desde *Segóbriga* hasta *Carthago Nova*, haciendo las paradas en los mismos parajes, abrevando a las bestias en los aguaderos y pozos conocidos y siempre llevando el mismo cargamento de ida – *lapis specularis* – (yeso especular o espejuelo), mientras que de regreso la carga variaba en función de las necesidades, los negocios y la disponibilidad de las mercancías.

Esta vez, el género de regreso consistía mayoritariamente en finas cerámicas *sigillatas* traídas de los talleres galos de la Graufesenque (Millau), y en una remesa de vinos sicilianos envasados y precintados convenientemente en sus ánforas. El guía y responsable de la expedición, que actuó como maestro de ceremonias en el ritual religioso, próximo al final del viaje, se adelanta a la caravana para rendir cuentas ante su patrono e informarle de los resultados y pormenores del transporte y de la carga que le acompaña.

A medida que avanza hacia la ciudad de Segóbriga, se van percibiendo en la distancia las grandes moles de los edificios públicos que, dispuestos en una serie de terrazas escalonadas, confieren a la ciudad un aspecto de majestuosidad y ornato que impresionan al viajero. No necesita entrar en la ciudad, ya que su señor se encuentra en una de sus villas del valle de Cigüela cercana a la urbe. Además se le ha advertido

previamente de ello en el camino. Las noticias de la presencia y cercanía de la caravana han corrido por toda la zona.

A su llegada, el guía de la caravana se sorprende al observar una escolta militar apostada a la entrada que espera pacientemente a alguien que sin duda está con el patrono, mientras, los soldados juegan a los dados y mastican unas aceitunas. La calidad y rango del invitado debe ser sin duda de importancia, ya que las cintas distintivas y emblemas del séquito anuncian la presencia de un dignatario imperial. La guardia de la entrada observa fijamente los movimientos del recién llegado hasta que éste es saludado por el servicio y pierden interés por él.

Tras dejar el caballo en el establo, se dirige a la cocina a tomar un bocado y a esperar que el dueño de la villa le requiera a su presencia. Sin embargo, es de nuevo sorprendido al recibir la orden de acudir presto a presencia del amo y su invitado, que se encuentran en el huerto de la finca.

Según se acerca a ellos puede observar que los dos personajes están – 53 – en el invernadero, donde su patrono cultiva para su placer plantas ornamentales que crecen tras las placas hialinas del *lapis specularis* (yeso especular). En los campos que rodean la villa comienza a desarrollarse la mies, pero todavía pueden verse los mil reflejos de los trozos de espejillo que caracterizan a estas tierras. A través de la cristalera hecha de módulos de yeso especular, distingue la silueta de ambos y puede escuchar la conversación en la que su patrono no deja de prodigar elogios sobre las características y los distintos usos que del *lapis specularis* o espejillo se pueden obtener.

Aunque no los distingue del todo bien a pesar de lo translúcido del yeso cristalino, sabe que su señor es el que gesticula y mueve los brazos para dar mayor énfasis a sus explicaciones; su latín suena áspero y duro, es latín celtibérico y es regular en su modulación en comparación con el tono elegante y musical del visitante, sin duda un itálico. Prudentemente espera a la salida del invernadero sin entrometerse en la conversación que, en ese momento, giraba entorno a lo apropiado del cultivo del azafrán como planta ornamental mantenida en la protección de una pequeña vidriera de *speculum*, novedad que en esos días estaba muy de moda en Roma.

Capítulo II. EL ENVIADO DEL EMPERADOR

El invitado precedió a su patrono a la salida del invernadero y se quedó mirando con curiosidad el sistema de ensamblaje de la vidriera de espejillo mientras esperaba a que su acompañante saliera a su vez de la cristalera. Al reparar en Hermes –el jefe de la caravana -, su señor se dirigió a él con un gesto para que se acercara y procedió a presentar al huésped. Se trataba, según le dijo, de Cayo Plinio Segundo, enviado especial del emperador que se encontraba en la ciudad desempeñando su cargo de procurador imperial y que regresaba a Tarraco (capital de la Provincia) después de haber estado varios días en el ejercicio de sus funciones, inspeccionando los recursos y cuidando de los intereses del fisco.

El último día de su estancia, Cayo Plinio fue invitado a la villa de recreo. El día anterior habían concurrido juntos a la representación del Teatro que inauguraba la terminación definitiva de las obras de construcción del mismo. El Teatro de Segóbriga había sido financiado en parte por el dueño de la finca con el fin de poner de manifiesto su encumbramiento político y personal.



Estado actual de los restos de las gradas del teatro romano de Segóbriga, a la derecha una reconstrucción virtual de cómo debió ser el teatro tras su inauguración.

Su patrono poseía importantes propiedades en villas y en el negocio de la minería del *lapis specularis*. Ahora, a los cincuenta años, al igual que Plinio, se encontraba en la cima de su carrera senatorial y su nombre sonaba como posible candidato a gobernador o pretor de Aquitania (Galia). Ciertamente se sentía satisfecho consigo mismo, y la finca de recreo en la que se desarrollaba la entrevista fue siempre el lugar favorito de sus propiedades³.

Tras la presentación, Hermes fue informado de la salida inmediata del huésped, y de que la coincidencia de su marcha con la llegada de la caravana sería aprovechada para que Cayo Plinio se incorporara a la misma hasta el destino final de ésta en *Ercávica* (actualmente Cañaveruelas, Cuenca). Desde allí, el procurador se dirigiría a *Segontia* (Sigüenza en Guadalajara), donde conectaría con la *calzada Emérita-Caesar Augusta* (Mérida - Zaragoza), para alcanzar como último destino *Tarraco*.

Durante el trayecto en común, Hermes estaría a su servicio y sería el encargado de ilustrarle e informarle de todo lo relativo a la zona, en especial de todo lo concerniente a la minería del *lapis specularis* y lo relacionado con su explotación. Mientras el señor de la villa daba sus instrucciones, mantenía fijamente la mirada sobre Hermes, gesto que fue perfectamente comprendido por el guía, sin pasar tampoco desapercibido para Plinio.

La marcha no se demoró mucho y, tras la despedida del dueño de la villa, se pusieron en ruta para alcanzar a la caravana. Hermes cabalgaba precediendo la comitiva y, tras meditar sobre la misión de acompañar al singular personaje, optó por extremar su discreción para evitarse problemas.

En el camino, se cruzaron con varios de los carros de la caravana – 54 – que habían terminado su viaje y se dirigían a la ciudad de Segóbriga con su carga. El resto de convoy continuaba su trayecto sin entrar en la ciudad. En ruta harían varias paradas para suministrar en las diferentes minas parte de su cargamento. Finalmente descargarían el resto de la mercadería en la ciudad de *Ercávica*.

Alcanzaron a la caravana cuando ésta se había detenido en una de sus paradas comerciales en el campamento legionario que, al pie de la calzada, controlaba el territorio. Se trataba de un pequeño fuerte militar asentado en una pequeña elevación con una única entrada de espaldas a la vía y orientada al este. Su planta de

³ La villa sería saqueada y destruida totalmente en las obras de construcción de la Autovía Madrid-Levante (A4), ante la impotencia de unos Arqueólogos y las risas e impunidad de quienes realizaban las obras.

forma cuadrangular estaba flanqueada por torreones en cada una de sus esquinas, desde el mismo se contemplaba una amplia panorámica del valle del Cigüela y una sucesión continuada de edificaciones relacionadas con las explotaciones mineras de *lapis specularis*, que se perdían en el horizonte.

La llegada e incorporación del séquito a la caravana no pasó inadvertida. El comandante del puesto estaba informado de la presencia del procurador y de su seguro paso por la fortificación. Desde hacía varios días la unidad estaba prevenida y todo estaba en perfecto estado de revista. Solícito y nervioso, el comandante de la guarnición acudió con su oficialidad a cumplimentar y a ponerse a las órdenes del *procurator*.

El responsable del puesto, un Itálico de Papua, sudaba en exceso al saludar y dar novedades a Cayo Plinio, y miraba en las caras de sus hombres la conveniencia o no de sus palabras mientras que Plinio esperaba el final del informe con un gesto de gravedad en su cara.

A la invitación de quedarse a descansar y comer bajo un toldo con todo lo pertinente dispuesto ex profeso, Plinio declinó diplomáticamente, argumentando la necesidad de continuar viaje. En el ínterin, la transacción comercial ya se había efectuado y la caravana estaba dispuesta para seguir camino. Su marcha dejó al jefe de la guarnición aliviado y decepcionado por el desarrollo de los acontecimientos.



***Restos de un plato con comida de época romana hallados en el transcurso de la investigación de las minas en una galería abandonada y en los que las concreciones de yeso han cubierto recipiente y alimentos. Su análisis posterior reveló que bajo la concreción, los restos de huesos pertenecían a una perdiz.
Foto: José Manuel Sanchis Calvete.***

El reencuentro con sus compañeros de la caravana relajó a Hermes, y a la salida del campamento militar sonrió al comprobar que la actividad de un grupo de edificaciones cercanas pintadas de rojo, y por tanto públicas, dejaba mucho que desear para lo que era habitual a esas horas.

Las fondas de color rojo que se encontraban en la calzada daban hospedaje a los viajeros, y por su inmediatez al campamento y a la zona minera incluían entre sus servicios al oficio más viejo del mundo. Las lobsas,⁴ salieron para ver el paso de la caravana envueltas en sus togas⁵ y con una cinta de cuero atada bajo sus pechos conocida como *strophium*, que servía para resaltar y ceñir el busto.

⁴ Prostitutas en el argot de la época.

⁵ Ninguna mujer ni joven decente, usaría una prenda masculina que en uso femenino identifica la profesión de mujer pública.

Las mujeres llevaban el pelo rizado y muy recargado, al gusto del barroquismo de la época flavia. Sus caras y ojos estaban maquillados con bermellón (minio),⁶ y sus labios con el ocre conseguido de un líquen de nombre *ficus*. Todas querían ver a la importante personalidad que había provocado la interrupción de su – 55 – trabajo, ya que, como consecuencia del acuartelamiento impuesto a los legionarios, sólo unos pocos borrachos y mineros ocupaban las fondas.

Plinio, por su parte, admiró en silencio la belleza y los cuerpos de éstas mujeres. Dedujo la riqueza que generaba esta importante zona minera en base a la calidad de las mujeres y a la cantidad de los prosaicos prostíbulos. Sus meditaciones se disiparon al comprobar que los carros que marchaban en cabeza tomaban un camino lateral y abandonaban la calzada principal.

En breve se presentó Hermes para informarle de la decisión de abandonar la vía con objeto de poder almorzar en una villa cercana, perteneciente a su patrono, y donde el propio Hermes residía habitualmente. En sus inmediaciones se hallaban varios minados de *lapis specularis* que podrían visitar si ése era el interés del procurador.

La villa rústica en la que se detuvieron para comer se encontraba aguas arriba del valle del Cigüela, pero a diferencia de la de recreo en la que habían estado antes, se trataba de una hacienda en producción, dedicada al cultivo del viñedo y de algunos árboles frutales. Por su cercanía a uno de los complejos mineros en el que el patrono tenía varios pozos de minas en arriendo, se usaba como base logística de las explotaciones mineras próximas y era necesario descargar allí una serie de pertrechos.

Ya en la villa, Cayo Plinio pidió a Hermes que le acompañara a su mesa y su parquedad de palabras hasta entonces quedó relegada por el buen humor y sus ganas de hablar ante el almuerzo. Plinio le explicó que había rechazado la invitación a compartir el rancho por una mala experiencia ocurrida cuando era tribuno militar en Germania hace veinticinco años, y como una comida interrumpida por una incursión germánica de catios y caucios mientras defendía el limes⁷, le corto el apetito de tal manera que desde entonces se le agriaba la comida en los acuartelamientos. En cuanto a su seriedad en el trato con el comandante del destacamento, le comentó que *un soldado siempre es un soldado*, sin dar más explicaciones.

Capítulo III. EL CRISTAL DE LAS MINAS Y LAS CENIZAS DE OJOS DE BÚHO

El almuerzo no era nada más que una preparación para la cena –la verdadera comida romana – y su duración fue breve, así que Cayo Plinio pidió a Hermes que le acompañara a los cercanos pozos mineros para poder verlos. Se acercaron andando dada la inmediatez de los minados, acompañados por dos sirvientes personales de Plinio que portaban cuadernos hechos con tablillas finas de madera cubiertas de cera donde, con un *stilus*,⁸ escribían las notas que Plinio fue mandando anotar.

Según le explicó Plinio, entre su equipaje llevaba un amplio archivo personal de tablillas en las que iba anotando todo cuanto le parecía digno de ser mencionado. “Son

⁶ Obtenido de las conocidas minas de mercurio de lo que luego se denominó Almadén (Ciudad Real).

⁷ Frontera defensiva que marcaba los límites del Imperio.

⁸ El estilo se utilizaba para escribir en las tablillas enceradas. Consistía en una especie de punzón o “estilográfica” aguzada en uno de sus extremos que mediante incisión en la cera deja escrita las palabras, mientras que su extremo opuesto dotado de una espátula se utilizaba para borrar.

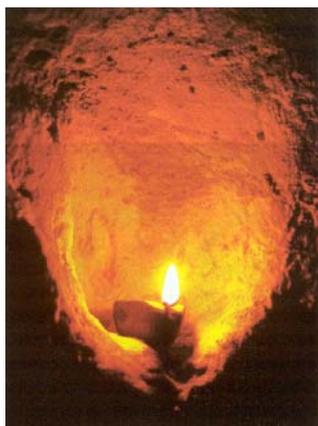
apuntes y fichas que recojo en mis viajes, en las que relaciono todo lo relativo al hombre y a la madre naturaleza, con ellas espero confeccionar un tratado universal que sea útil para la gestión de los recursos del Imperio. Todo ello, claro está, si consigo poner al día mi gabinete de escritos, mi biblioteca, y encuentro tiempo y un nombre adecuado para mi obra, aunque estaba pensando en algo tan obvio como «Historia Natural»».

Al llegar al primer pozo coincidieron con la salida de una cuadrilla de mineros que acababa su turno y que reflejaban en sus rostros polvorientos la dureza de los trabajos. En superficie, carros con bueyes iban y venían transportando el mineral y todo lo necesario para la buena marcha de las minas, mientras que a bocamina se situaban una serie de instalaciones que daban servicio al interior de los minados y que procesaban el mineral recién extraído antes de cargarlo en los carros.

En las instalaciones, las placas de yeso cristalino, tras un proceso de – 56 – selección, eran cortadas a serrucho, en forma de módulos comerciales, apoyándose en bancos de trabajo, y usando para establecer las proporciones debidas una serie de plantillas. Los módulos estaban referidos a la medida del pie romano⁹ y una vez cortados se hendían con cinceles y se separaban en láminas que se exfoliaban en planos naturales, de manera que de un módulo se obtenían varias placas iguales.

Plinio fue informado de que la excepcional calidad de la transparencia del *lapis specularis* hispánico hizo que éste se hubiera extendido por todo el imperio, comercializándose en formatos rectangulares o cuadrados, siendo ideales y muy apreciados para su aplicación como acristalamiento a modo de vidriera en todo tipo de vanos, celosías o rejas. A este respecto Plinio mandó escribir en una tablilla:

«... La especular, a la que también se califica como piedra, tiene unas características que permiten cortarla con mayor facilidad en láminas todo lo finas que se quiera. Antiguamente sólo se encontraba en la Hispania Citerior, y no en toda ella, sino exclusivamente en un área de “cien mil pasos alrededor de Segóbriga”. Hoy en día se encuentra también en Chipre, en Capadocia y en Sicilia; recientemente se ha descubierto en África. No obstante, todas estas variedades son inferiores a las de Hispania»¹⁰.



Lucerna minera con que se iluminaba el interior de las minas de espejillo en uno de sus emplazamientos originales. La luz que proporcionaba era escasa, pero suficiente para poder realizar los trabajos, colocándose en nichos a la altura de los ojos.

Foto: Fernando Villaverde Mora.

⁹ Equivalente a unos 30 cm.

¹⁰ N.H. LIBRO XXXVI-160.

Durante la visita a los minados, Hermes descubrió que Cayo Plinio era un ser completamente apasionado, de una curiosidad sin límites, y que no daba nunca nada por sentado, siempre preguntando, intentando buscar explicaciones personales y no necesariamente racionales. Plinio habló con mineros, entibadores, conductores de carros, y hasta con los herreros forjadores de herramientas. Habló también con los curanderos, que le explicaron como fabricaban los colirios para los irritados ojos de los mineros con mezclas en las que incluían cenizas de ojos de búho¹¹. Hermes se preguntó hasta qué punto Plinio servía al Imperio y cómo su cargo imperial le servía para saciar su curiosidad y llenar su necesidad de conocer y saber.

Emplearon todo el resto del día en la visita, aunque el vértigo que experimentó el propio Plinio al asomarse a comprobar la profundidad de los pozos de extracción le hizo desistir de visitar el interior subterráneo de las minas, sirviéndose de la información facilitada por los propios mineros para incluir en sus anotaciones:

«.. En Hispania la piedra especular se extrae de pozos muy hondos; también se la encuentra en el interior de otra roca, bajo tierra, de donde se extrae el bloque entero o se corta, lo más habitual, sin embargo, es encontrarla fósil y en forma de bloques sueltos y toscos, y nunca hasta ahora de tamaño superior a cinco pies de largo. Es evidente que, al igual que pasa con el cristal, este humor se congela en virtud de alguna exhalación de la tierra y se petrifica, porque, cuando los animales salvajes caen en estos pozos, al cabo de un solo invierno la médula de sus huesos adquiere esta misma naturaleza pétreas»¹².



***Soga de esparto colocada en un anclaje de época romana esculpido en roca para poder acceder a un nivel superior en el interior de una de las minas de lapis specularis.
Foto: José Martínez Hernández.***

¹¹ N.H. LIBRO XXIX-6.

¹² N.H. LIBRO XXXVI-161.

Ya era de noche cuando volvieron a la villa. Tras la cena, Plinio permaneció largo rato hablando con Hermes sobre detalles relacionados con la explotación minera y la organización de las *societas* que arrendaban la posesión imperial que constituían las minas. En especial le interesaba saber como una vez alquilada las concesiones por el fisco a los particulares, éstos explotaban y comerciaban el *lapis specularis*, y que mejor ejemplo para explicarlo todo que el del propio – 57 – patrono de Hermes, que tan bien había sabido dirigir el negocio.

Ante los inevitables bostezos de Hermes, dado lo avanzado de la noche, Plinio cesó la charla y, tras retirarse a su habitación, permaneció durante un tiempo inclinado sobre sus tablillas, recogiendo minuciosamente en sus apuntes todas las experiencias que le había deparado el día.

A la mañana siguiente continuaron camino hasta la ciudad de *Opta* (Huete), donde, en otro complejo minero, fueron testigos de los inútiles esfuerzos por desenterrar a un minero que había sido atrapado por un derrumbe el día anterior junto a la caballería que utilizaba dentro de la mina para transporta en alforjas de esparto el *lapis specularis* extraído. Los derrumbes eran bastantes frecuentes dado que se apuraba al máximo la extracción de las bolsadas de espejillo, sin entibar adecuadamente la zona de explotación. A veces se arriesgaba y descuidaba la seguridad, ya que el yeso, dada su condición plástica, solía avisar antes del desplome. Pero esta vez no hubo tiempo para apartarse del derrumbe. Para algunos, se justificaba el percance porque el minero no quiso abandonar al jumento e intento salvarlo, mientras que otros argumentaron que emprendió el trabajo sin conjurar los ritos de convertir el día nefasto en fasto y había sido una víctima del castigo divino. Cualquiera que fuera la causa, lo cierto es que no pudieron sacarlo de debajo de la gran piedra que le había aplastado a él y a su acémila¹³.

Hicieron noche Plinio, Hermes y su séquito en la pequeña ciudad de *Opta*, en la casa de uno de los socios del señor de la villa, y emprendieron viaje a la mañana siguiente para cubrir la última etapa que les dejaría en Ercávica, fin de la ruta caravanera. La reata de apáticos bueyes se dirigió a las afueras de la urbe, hacia los almacenes donde descargarían el resto de las mercancías que se comercializarían en la ciudad, mientras que Plinio y su escolta continuarían viaje. Había llegado el momento de la despedida.

“¿Sabes? - dijo Plinio - nunca me gustaron los Griegos, son mentirosos, supersticiosos y a todo le dan una explicación trascendente. Ya, ya sé que eres nacido en Hispania y me imagino que tu nombre es un capricho de tu madre por su ascendencia griega, aunque de eso tú no tienes la culpa...”

Antes de que Hermes pudiera replicar, Plinio continuó: “Ha sido un placer viajar contigo, te estoy sumamente agradecido por tus explicaciones y puedes decir a tu señor -¿o he de decir padre?- que tu compañía me ha sido muy grata y tus explicaciones muy instructivas. Por lo demás, creo que he sacado más información de ti, que la que tú puedas llevarle a tu patrono de mí, pero no te preocupes, mi cargo y mi edad me impone también la discreción necesaria para reconocer las cosas sin darle demasiada importancia”.

¹³ Veinte siglos después serían encontrados los restos de aquel desgraciado y su caballería en una excavación arqueológica en la mina conocida como “La Mudarra” en Huete (Cuenca). Las alforjas de esparto se conservaban aún con los trozos de *lapis specularis*, mientras que hombre y acémila eran sólo un amasijo de huesos.

Tras estrechar el antebrazo de Hermes al modo romano, Cayo Plinio sonrió y emprendió el camino junto con su escolta, abandonando a la caravana de bueyes.

EPÍLOGO

A Hermes le costaba entender el calificativo de *mare nostrvm* aplicado en su época a nuestro Mediterráneo. Para él, el mar lo único que tenía de *nuestro* era el inmenso y común cementerio de barcos y hombres que habían sido tragados por las olas a lo largo de los tiempos, uniendo a todos en el infortunio.

Hermes conoció entre las tripulaciones de marineros que transportaban los fletes de espejillo, a hombres que ahora yacían sin que la tierra los cubriera, en el fondo de las aguas. Viendo la nave *lapidaria*¹⁴ en que se embarcaba la última carga de *lapis specularis* con destino a Roma, pensó que el mar era un medio peligroso para viajar y por nada del mundo le gustaría verse en tal trance. Prefería los bueyes y las calzadas, aunque los primeros fueran lentos y las segundas estuvieran en mal estado.



Grafito epigráfico con el nombre de Hermes en la superficie exterior de una cerámica de terra sigillata hispánica. Los graffiti son abundantes en las cerámicas de las minas, dada la necesidad de individualizar la propia vajilla ante la masificación del personal que trabajaba en las mismas. Foto: José Manuel Sanchis Calvete.

Al día siguiente, tras finalizar el embarque de espejillo, regresaría de nuevo con la caravana hacia la zona minera, pero ahora se encontraba viendo el mar desde la seguridad de la taberna portuaria en la que bebía un vaso de vino con miel. Reflexionando sobre su destino como jefe de caravana y su condición de *liberto* al servicio de su propio padre, que ahora era gobernador de la provincia aquitana.

Su nacimiento como *verna*¹⁵ fruto de la unión de su padre con una favorita esclava griega, marcó su futuro en la vida tras su manumisión y obtención de libertad. Aunque nacido esclavo, – 58 – pasó a convertirse en cliente y empleado de su padre, que le confirió un puesto de responsabilidad en sus negocios mineros, sin reconocerlo como hijo. Ése y no otro era su lugar en el mundo.

Sus pensamientos fueron distraídos por la llegada a la taberna de la tripulación de un barco recién atracado que traía los chismorreos y las noticias de allende los

¹⁴ Naves encargadas de transportar mármoles y piedras, de tamaño y capacidad de carga muy superiores a las normales.

¹⁵ Esclavos nacidos en una casa debido a la unión de dos esclavos, o del amo de la casa con una favorita.

mares. Al principio Hermes no hizo mucho caso. Los marineros, hablaban acerca de muertos y tragedias que, sin duda, estarían relacionados con alguna de las habituales epidemias o terremotos que solían producirse en cualquier punto del imperio con cierta regularidad, pero esta vez la desgracia se había cernido sobre la misma Italia.

En el golfo del Nápoles, el monte de dos cumbres que dominaba la zona y que se creía un volcán extinto, entró en erupción el día 23 de Avgvstvs del año 832 A.U.C. (79 d. C.). La ciudad de Herculano quedó sepultada bajo un torrente de lava, y Pompeya bajo una lluvia de ceniza y grava volcánica. En Stabia, Plinio el *naturalista*, a la sazón comandante en jefe de la flota de Miseno, acudió a socorrer a los habitantes y estudiar el extraño fenómeno, pero la atmósfera se lleno de gas y la ceniza ensombreció la campiña. Plinio murió asfixiado en el intento de cumplir su última misión humanitaria.

Así supo Hermes de la muerte de Plinio durante la erupción del Vesubio, intentando ayudar a los afectados y a la vez tratando de desvelar uno de los muchos secretos de la naturaleza y como está en su proceder errático e incontenible se había convertido en la causa de su muerte. Recordó los tres días en que visitaron juntos las minas de *lapis specularis* y como Plinio había incluido a la piedra espejadora entre uno de los recursos principales de Hispania en su magna obra *Historia Natural* que había dedicado al ahora emperador Tito. Una copia de este espléndido libro lo pudo ojear en casa de su padre.

Hermes pensó en el destino del hombre que había conocido y volvió a su propio presente en el puerto de *Carthago Nova*, con su condición de liberto y jefe de la caravana. Pago su consumición al tabernero, apuró un último trago y se fue a los establos, para asegurarse de que los bueyes estuvieran descansados y listos para el regreso de mañana... – 59 –



María José Bernárdez y Juan Carlos Guisado con algunos de los miembros de la Asociación de Recreación Histórica Complvtvm, en el campamento romano de la Muela del Pulpón (Carrascosa del Campo, Cuenca), en el que en el artículo se hace referencia como la fortificación legionaria en la que se detuvo Plinio el Viejo (en la ficción) durante su visita a las minas de lapis specularis.